

# Sermon Notes



Speaker: Patrick Mead

12/14/25

TEI Rey Ilega, Adviento, parte cuatro. Mateo 1:18-23

Cuando pensamos en el nacimiento de Jesús, pensamos en ángeles. Pensamos en ellos cantando y hablándole a los pastores. Pensamos en ellos asegurándole a María que lo que estaba a punto de suceder venía de Dios y que ella llevaba al Mesías en su vientre. A menudo olvidamos que un ángel también vino a José.

Es en su mensaje a José donde descubrimos que Jesús es Dios, que es humano y que está con nosotros. Esa es una noticia bastante espectacular, así que no pasemos de prisa por José.

Me imagino que José estaba dividido en muchos frentes. Era un hombre justo y quería hacer lo correcto, pero no estaba seguro de qué era lo correcto. La mayoría de nosotros puede identificarse con eso. Si seguía desposado con María, habría consecuencias. Los rumores nunca se detendrían. Afectaría su vida, sus amistades, su ocupación. El ángel aseguró a José que lo que estaba ocurriendo en el vientre de María venía de Dios y no de ningún hombre.

Eso, pienso, le habría causado otro conflicto. José ahora sería el padre de Jesús en un sentido secundario. Dios era su verdadero Padre y eso jugaría un papel importante en la vida de Jesús, pero también en la de José. En cierto sentido, todos los que tenemos hijos en realidad hemos dado a luz o criado hijos de Dios. Solo los "tomamos prestados" por unos 18 veranos. No es mi pensamiento más feliz, pero es la realidad.

Pasamos por una serie de tres semanas en noviembre llamada "Who Came Upon a Midnight Clear", así que no insistiremos demasiado en ese punto aquí, pero los judíos estaban atónitos ante el mero concepto de que Dios se hiciera ser humano. Esperaban a un Mesías, sin duda, pero suponían que sería un hombre lleno del Espíritu de Dios y enviado para restaurar a Israel a sus días de gloria bajo David y Salomón. Que Dios realmente bajara y fuera un ser humano con nosotros, Emanuel, era un anuncio asombroso que les cambiaba por completo su manera de ver el mundo.

Después de Belén, no habría duda en los cielos de que Dios es a la vez personal e infinito. Los judíos, para ese entonces, habían perdido la pronunciación del nombre de Dios y se negaban a escribirlo por temor a tomarlo en vano. Ahora, que Dios viniera a ellos como una persona con la que podían y iban a relacionarse, caminar, comer, era demasiado para que la mayoría lo entendiera. ¡Pobre José!

Mientras otros se preguntarían "¿quién es este hombre que incluso perdona pecados?", su padre y su madre no se sorprenderían. Si Dios se hace hombre, no es sorpresa que perdone pecados, camine sobre el agua o incluso resucite de entre los muertos. La encarnación es el milagro que permite que todos los demás milagros tengan lugar. No le hacemos ningún favor si pasamos rápidamente por ella con unos cuantos villancicos y luego nos enfocamos en la teología y las reglas de la iglesia.

Filipenses 2 nos dice que Jesús no dejó a un lado su deidad cuando vino a la tierra, dejó a un lado su gloria. Pablo luego nos dice que tengamos en nosotros esa misma manera de pensar que hubo en Cristo Jesús. No debemos preocuparnos por la gloria o el estatus. La actitud elitista no es un rasgo cristiano.

De hecho, justo antes del nacimiento de Jesús, a José se le dijo que dejara a un lado su reputación para permanecer con María. Luego se le dijo que uno de los derechos que todos los hombres tenían en su época le sería quitado. El ángel le dijo cómo debía llamar a su hijo. Los padres tenían derechos absolutos para nombrar a sus hijos varones. Era una señal del control que el padre tenía sobre su familia y dentro de ella. Recuerda que al padre de Juan el Bautista también se le dijo cómo nombrar a su hijo y, cuando lo hizo, su familia se confundió y trató de oponerse: "¡Ese no es uno de los nombres de nuestra familia!" Su padre escribió en un papel una vez más: "Su nombre es Juan" (pues estaba mudo en ese momento).

Podrías leer esto, encogerte de hombros y seguir adelante, pero detente un momento. Cuando Dios te llama, Él te conoce y Él te nombra. Si tú le dices a Dios que serías cristiano, pero que si eso significa esto, aquello o lo otro, entonces no lo serás, lo que en realidad estás intentando hacer es nombrar a Dios. Estás creando un dios marioneta que baila al ritmo de los hilos que tú le pones. Aviso: eso no va a funcionar.

Si quieres a Jesús contigo (Emanuel), debes hacer lo que Él hizo: dejar a un lado la autodeterminación. Personalmente, luché toda mi vida hasta mis cincuenta contra ser pastor. Sí, pastoreé y trabajé diligentemente para iglesias, pero siempre lo consideré algo temporal, algo más que estaba haciendo. Yo era realmente un hombre de ciencia, un maestro, otra cosa. Luché contra el hecho de que Dios me nombra a mí y te nombra a ti. Y luego llega OSHC y casi pude oír a Dios decir: “¿Ves? ¿Por qué ibas a luchar tanto si estabas siendo hecho para esto?”

Me recuerda la pregunta de Mardoqueo a Ester cuando el destino de los judíos descansaba sobre sus jóvenes hombros: “¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?”

Nos miramos al espejo y no nos gusta nuestro rostro, nuestra estatura, la forma de nuestro cuerpo. No nos gustan nuestras habilidades; queremos las habilidades que otros tienen. Queremos ser atléticos como ellos, académicos como ellos, hermosos como ellos, fuertes como ellos, buenos cantantes como ellos, etcétera, y así sucesivamente.

No nos damos cuenta de que estamos resistiendo el hecho fundamental de que hemos sido nombrados por Dios. Ya estás preparado y facultado para hacer todo lo que Él quiere que hagas. Puede que no sea la tarea que tú querías, pero estás listo.

La visita de los sabios a la casa donde vivía Jesús (quizás hasta un año y medio más tarde) plantea una pregunta que deberíamos hacernos mientras navegamos este mundo. Ellos fueron ante las autoridades al entrar en aquella tierra, como se requería, y le preguntaron a Herodes: “¿Dónde está el rey?”

¿Dónde está el rey? En tu vida, ¿dónde está Él? ¿Quién es rey en tu vida? A menudo recuerdo que los líderes políticos no son nuestro rey, pero quizá también deberíamos admitir que el rey que gobierna nuestras vidas no vive en Washington, Londres o Moscú. El rey que gobierna nuestras vidas, la mayoría de las veces, vive en nuestro espejo.

Y esa es la fuente de gran maldad. El libro de Josué, uno de los libros más llenos de sangre que jamás leerás, termina diciendo: “En aquellos días, cada uno hacía lo que bien le parecía”. Así llegó la tragedia.

La venida de Jesús fue una amenaza para aquellos que se adoraban a sí mismos, para los que tenían poder y privilegios y querían conservarlos. Jesús sabía que ellos lucharían por el trono de nuestras vidas, así como por el trono en sus propias vidas. Él recurrió a la hipérbole para enfatizar que solo hay lugar para un rey y que Él es ese Rey. Lucas 14:26.

Esa noche en Belén nació nuestro Salvador, el Mesías, el Prometido. Pero esa no es toda la historia. El que nació esa noche también es nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro Rey. Tendemos a dejar de lado esa parte. Cantamos que Dios es amor, y eso es más cierto de lo que podríamos imaginar, pero también necesitamos recordar que Dios es un Dios celoso que no tolerará que entreguemos el trono de nuestra vida a otro.

“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia. ¡Escúchenlo!”, clamó desde el cielo.

La buena noticia es que no tenemos un rey como los demás reyes. Él está con nosotros. Nos ama. Nos atrae hacia el Padre. El mundo diría que tenía la familia equivocada, las credenciales equivocadas y que nació en el lugar equivocado. Eso es porque quieren un Dios dócil, predecible y obediente. Ese no fue el que vino esa noche.

Como proclama el villancico: “Jesús, Señor desde tu nacimiento”.

Cantemos los cantos, proclamemos las buenas noticias y hagamos un examen profundo del corazón tan a menudo como sea posible, preguntándonos: ¿quién está en el trono de mi vida? ¿Dónde está el Rey?”

La buena noticia es: Él está aquí. Con nosotros. Feliz Navidad.